

La NOVELA



del SABADO

FEDERICO
GARCÍA SANCHIZ



La golondrina
y los
rascacielos

(NUEVA YORK HACE
TREINTA AÑOS)

N.º 57

Blanca vive en Madrid atosigada, en cierto modo, por el peso del pasado, de la honra, de las miradas de los demás, etc. y se va a Nueva York porque allí puede ser libre.

Contempla la ciudad desde un taxi y dice cómo es, cómo se vive, qué pensamientos y sensaciones suscita, etc.

A Blanca le amañan una boda con un alemán rico, Nelken, boda que colmaría sus ansias de triunfo en Nueva York porque si no, tal vez terminaría como una tal miss Pérez que trabajaba de domadora en una jaula de fieras y que se supone que también habría ido a conquistar Nueva York.



Protéjalos con un Seguro de Vida

que les garantice el logro de sus aspiraciones y un punto de apoyo para encauzarse definitivamente hacia el éxito en su vida.

Oiga

-como la voz de un amigo- el consejo del Agente de

LA "SUD AMERICA"

COMPANÍA DE SEGUROS SOBRE LA VIDA

(Inscrita en el Brasil con el nombre de "Sul América")

DIRECCIÓN GENERAL PARA ESPAÑA: PLAZA DE CANOVAS, 4
M A D R I D

Si desea recibir un folleto ilustrado sobre el Seguro de Vida, envíenos su nombre y apellidos, domicilio y edad de Vd. y de sus hijos.

Aprobado por la Dirección General de Seguros

VIAJES A PARIS

por 3.000 pesetas

EN AUTOCAR PULLMAN DE LUJO

SALIDAS MENSUALES

11 días de viaje.

VISITANDO:

BURGOS (Y LA CATEDRAL), SAN SEBASTIAN, BURDEOS, ANGULEMA, RUTA DE LOS CASTILLOS DEL LOIRA, PARIS (ESTANCIA DE 5 DIAS), ORLEANS, VIERZON, LIMOGES, AGEN, LOURDES (VISITA DE LA GRUTA Y MISA), ZARAGOZA (VISITA DEL PILAR), ALHAMA DE ARAGON Y LLEGADA A MADRID. FIN DEL VIAJE

Informes e inscripciones:

WAGONS - LITS // COOK

(A. V. G. A. T., 5)

ALCALA, 23,
C. SOTELO, 14
Palace Hotel
o en
cualquiera de
nuestras
agencias de
España



BANCA MARCH. S. A.

CAPITAL: 50.000,000 de Pesetas
totalmente desembolsado



DOMICILIO SOCIAL:
PALMA DE MALLORCA
SAN MIGUEL. 17 - TELEFONO 2 1 0 3

SUCURSALES Y AGENCIAS:
PELANITX, INCA, LLUCHMAYOR
MANACOR Y LA PUEBLA



REALIZA TODA CLASE DE OPERACIONES
DE
BANCA - BOLSA - CAMBIO



CAMARA ACORAZADA
CON COMPARTIMIENTOS DE ALQUILER

Aprobado por la Dirección General
de Banca y Bolsa con el num. 210.

PROXIMO NUMERO

58. **La última dicha.**—Luisa Alberca y Guillermo Sautier-Casaseca.

ULTIMOS NUMEROS PUBLICADOS

30. **Historia de "Farol".**—Carmer. Nonell.
 31. **La niña de la calle del Arenal.**—Edgar Neville.
 32. **Un caballero desconocido.**—Eduardo Marquina.
 33. **El secreto.**—Mercedes Fórmica.
 34. **Dos corazones con ruedas.**—Juan A. Cabezas.
 35. **La otra ciudad.**—Elena Quiroga.
 36. **Los mejores cuentos de Navidad.**
 37. **El fin del mundo.**—J. A. Giménez Arnáu.
 38. **Lluvia de arena.**—Claudio de la Torre.
 39. **Los últimos de Filipinas.**—Enrique Llovet.
 40. **La gorriona.**—Padre Luis Coloma.
 41. **El vagabundo.**—Ramón Ledesma Miranda.
 42. **Martin Nadie.**—C. Fernández Luna.
 43. **La guerra de Dios.**—Vicente Escrivá.
 44. **Eclipse de Tierra.**—Mercedes Ballesteros.
 45. **Pipo, perro.**—Antonio Pérez Sánchez.
 46. **El buen Sancho.**—Azorín.
 47. **Alejandra y Carlino.**—César González-Ruano.
 48. **El Mercado.**—Ignacio de Aldecoa.
 49. **El viaje divertido.**—Carmen Laforet.
 50. **La madrastra.**—Alfonso Hdez. Catá.
 51. **El sainete triste.**—Tomás Borrás.
 52. **El cuclillo de la madrugada.**—José Luis Acquaroni.
 53. **Para que el gato sea limpio.**—Jacinto Benavente.
 54. **Farruquino.**—Gonzalo Torrente Ballester.
 55. **Antonio.**—Eugenia Serrano.
 56. **Teresa Ferrer.**—Rafael Azuar.

Tarifa de suscripción a "La Novela del Sábado":	
A 12 números	68 pesetas.
A 25 "	138 "
A 52 "	282 "

Puede remitirse su importe a LA NOVELA DEL SABADO, Ediciones Cid, Desengaño, 9, Madrid. Teléfono 31 05 12, y a cualquier sucursal del Banco Español de Crédito, con destino a la cuenta de LA NOVELA DEL SABADO, en la Central de Madrid.

I

Cuando asomamos a los muelles atracaba un buque. Por la gigantesca aspillera que dejaban dos tinglados de embreado maderamen, con papeles, cáscaras de fruta y paja corrompida en torno a los barrotes sobre que se sostenían los lacustres barracones; al fondo de ese canalillo sombrío y apestoso, una mole negra pasaba lentamente, privando a la acuática calleja de su trozo de cielo: nácar y niebla en aquella mañana del otoño neoyorquino. La masa flotante llevaba al aire una bandera española, oscurecida y como oxidada en su amarillo verdoso, y de las siluetas de marinos y viajeros que iban agrupándose en cubierta, escapaban palabras castellanas, las cuales adquirirían una dolorosa sonoridad en el ambiente inhospitalario que formaban construcciones, maquinarias y tipos desconocidos allá en la Península. La voz viva y anhelante de los que llegaban no obtenía otra respuesta que la indiferencia de unos escasos curiosos, que contemplaban desde tierra el barco con igual sopor que fumaban su pipa, y la agresividad de los rótulos en inglés, diseminados según convenía a sus inspiradores, y ya autoritarios y policíacos, ya anuncios de empresas de fama universal. Sin duda los emigrantes del trasatlántico, luego del tedio del océano, y de la primera y panorámica visión de los rascacielos que amurallan el puerto de Nueva York, paisaje tan distinto de las amables costas levantinas y andaluzas de que el vapor procedía; sin duda los pobres desterrados sintieron ganas de llorar y que se oprimía su corazón, al encontrarse desdeñados y empequeñecidos en medio de la adusta arrogancia, de la frialdad y el mazacote

humano y de edificios con que se recibían sus ilusiones de nerviosos y aun hiperestésicos hijos de un pueblo orgulloso, artista y sentimental. La mayoría de los nautas hubiese regresado en seguida a la patria, prometiéndose saborear sibaríticamente la humildad que abandonaron, en una repentina y absoluta revelación del valor de la solidaridad de raza, del afecto familiar o amistoso. Pero ya era tarde para el arrepentimiento, y había que afrontar el misterio con disimulada desconfianza, con la estoica apariencia y el temor al ridículo proverbiales en nosotros, aunque de cuando en cuando el cuerpo se escalofriase y en la garganta se hiciese un nudo que ahogaba con una agonía terrible...

Ni siquiera hallarían los peregrinos una mirada, un gesto, un abrazo, al desembarcar. Nadie les esperaba. Ya en el pabellón de la Trasatlántica Española, entre cajones con pianolas y bultos de mercancías, que debía llevarse el *Satrústegui*, anclado a la diestra del almacén y visible por una puerta que rasga el muro de cemento; esquivando los carros que penetraban tumultuosamente, y cuyos enormes caballos, de anchos cascos flecosos, llenaban de boñiga el húmedo entarimado; estaban un policía americano, sin uniforme, y algunos obreros con sus pantalones de saco y el aspa de los tirantes sobre un tórax y una camisa que armonizaban sus respectivas suciedades. Mi amigo y yo pretendimos avanzar hasta el buque recién llegado, que ya ocupaba su fondeadero a la izquierda de la barraca, y del que divisábamos el puente y la entrada de cámara, recortándose en una puerta simétrica de la que tangenteaba el *Satrústegui*. Brutal e inapelablemente impidió el *policeman* nuestro propósito. Entonces hubimos de aguardar junto a las cajas de las pianolas. Al cabo de un rato, por fortuna, un escribiente de la Compañía acudió a remediar el fracaso, conduciéndonos a un inmenso desván, vacío en su amplitud y que tenía una ventana, desde donde podíamos comunicarnos con las gentes de a bordo. Una señora gorda y joven y una señorita de inconfundible aspecto andaluz, a

pesar de su indumentaria del Broadway, ocupaban el observatorio. Y al oír nuestro diálogo, no pudo contenerse la muchacha, y se sonrió con la más simpática franqueza, exclamando después:

—Hace tan raro encontrar aquí españoles...

Al punto nos presentamos y cuajó un palique digno de un patio sevillano. La jamona, sonrosada y vestida de seda, dicharachera como no podía menos, se lamentó de residir en Nueva York, desgracia a la que la obligaba el alto empleo naviero de su marido. Alardeó de sus relaciones en Madrid y, por último, refirió que esperaba a un pariente suyo que venía a ser secretario de Pedro, el esposo. *Por cierto*, agregó, y la noticia daba una pintoresca y familiar sensación de aquella Hispania añorada; *por cierto que no trae equipaje... ¿Se enteraron ustedes del descarrilamiento del exprés de Cádiz?... Mi primo perdió sus baúles...*

En tanto mi camarada soportaba la crepitante cháchara de la jamona, lanzando inquietas miradas al barco, hablaba yo con la *miss* del Guadalquivir, morena, salada, con pestañas curvas, los ojos grandes y negros, un hoyuelo en la mejilla y dientes blancos y menudos.

—Usted se llama Concha...

—¿En qué me lo ha conocido?

—En su cara de novia de un estudiante...

Arriba se improvisaba la España burguesa y romanceril, y abajo persistía Iberia, aventurera y fatalista. Ya no se movía la nave, amodorrada en el agua densa y como grasienta, verde botella con espejeos de una charolada albura. Un vaho diáfano fluía de la chimenea, y semejaba encristalar el celaje de nubes tornasoladas. El trasatlántico llenaba su refugio, que limitaban las techumbres renegridas de diversos embarcaderos, sin que se alcanzase a ver el río en su dilatada planicie de estaño. Dominábamos la toldilla de proa, en que una muchedumbre de mozos y viejos agrarios apiñaban su hatillo, y ellos mismos se congregaban, mudos y medrosos, sin afeitar el cetrino rostro, de fraile de Zurbarán,

y cohibidos por las ropas domingueras. También el pasaje de primera y segunda ordenaba sus maletas, distribuía propinas entre los camareros de blanca americana, despedíase de los oficiales. En casi todos los hombres, que no pasarían de los treinta años, notábase el remedo del vestido y el peinado yanqui, parodia que resultaba infantil en los muelles de Nueva York, cuanto se consideraría legítima y heroica en las provincias hispánicas. Frases premiosas, risas forzadas de colegial en día de examen. Pocas mujeres, y sólo dos con aire de solteras, sin gracia en su anodina juventud. ¿Cuándo se dispondría el desembarco? Ascendía el tufo cocinero, y a lo mejor un chorretazo de agua saltaba por una de las redondas pupilas del monstruo. Ni el futuro secretario de Pedro, ni la personilla que hizo madrugar a mi amigo y a mí, y encaramarnos al tren elevado y luego correr por el cieno del puerto, surgían en escena. Por fin, desentendiéndose de la jamona, mi amigo sacó el busto por la ventana y preguntó a uno de los falsificados yanquis:

—¿Quiere enterarse de si anda por ahí la señorita Blanca de la Torre Alta?... Haga favor...

Respondió el interpelado:

—¿La marquesa de los Rosales?

Dudoso, contrariado, pero sin atreverse a negar, dijo él, impaciente:

—... Sí... La marquesa...

En esto surgió una figulina cuya aérea delgadez resbalaba sus líneas bajo un jersey de seda blanca. Se aproximó a la baranda, levantando su cabecita aporcelanada, con un guiño en sus pupilas claras, mohín de desdeñosa coquetería, bien que con el pretexto de la reverberación de las nubes. Únicamente ella mostraba una serenidad y un despego totales. Exclamó, naturalmente, casi con aburrimiento:

—Hola... ¿Qué tal?...

II

Por fin nos dejamos cautivar por una de tantas musiquillas que escapaban de los incontables *restaurants* de fantasía que hay en Nueva York. Una hora llevábamos flaneando por las aceras, entre la oleada humana, a veces bajo el estruendo del elevado que rodaba en el aire y otras sintiendo a nuestros pies una tufarada de vendaval, soplo relampagueante del ferrocarril subterráneo, que entonces acertaba a pasar por el enrejado que nosotros pisábamos al descuido. Las detenciones en los escaparates de modas, o para observar los ómnibus con su guirnalda de faroles de papel, el típico autobús que conduce al barrio chino; y las que imponía el *policeman* con su porra, cuando había demasiados vehículos aglomerados en el arroyo, en torno a la torrecilla con sus señales de colores, desde la que un funcionario regula la circulación. Rato hacía que cerró la noche, y así la calle que formaban los oscurecidos edificios de catorce, quince y veinte pisos, era una bruma violeta, al amparo de un firmamento de vaguedades sombrías, con una franja ígnea, de vitrinas de mercaderes, y a lo largo de las inacabables fachadas, centenares, miles de ventanas amarillas en un infinito y perfecto cuadrículado. El remanso de un *square* con sus árboles enfermizos en su cárcel de hierro, piedra y nieblas. Letreros que parecían flotantes y que delataban sendas torres embozadas en el nocturno. Y de pronto el manicomio de publicidad del Broadway: aquel asfalto reverberante; las puertas de los teatros, con el iris en baterías eléctricas; las tiendas de dulces, frutos del Canadá, pieles, tabaco, automóviles, equipajes, de todo; coches de cual-

quier época, de la *manuela* al *Rolls*, del tranvía al tílburí, deslizándose en medio de una enorme multitud sin cohesión, sintiéndose extrañas las gentes que se codeaban en las apreturas y con las prisas; y sobre el ágora babélica, el silencio que gritaba desaforadamente, la epilepsia lumínica de los reclamos, encendiéndose y apagándose en las paredes, surgiendo por encima de las techumbres, improvisando croquis mefistofélicos en rojo, amarillo, verde, azul, o ilusorias llamaradas, o retablos soberbios que proclamaban las excelencias de una máquina de coser, de un neumático, de una goma para mascar. Semejaba que el mundo se agrietase, transparentando la apoteosis con bengalas de una gloria de opereta... A lo largo de la ociosa, pero apremiante, ruta, muchas orquestitas tziganescas nos solicitaron en la penumbra de los comedores íntimos y teatrales, y por fin, un poco atontados por el boxeo de las sensaciones que acabo de indicar, cedimos a la seducción de los violines y del olor a parrilla tradicional.

La marquesita caminaba lánguidamente entre nosotros dos. Aún con el jersey de la mañana, pero trocada la indiferencia por una perezosa fatiga que en ocasiones aleteaba con un regocijo pueril. Como el riachuelo desaparece al desembocar en el río grande, así las inquietudes de la viajera se adormecieron en el regazo de la urbe colosal. El helado sosiego de a bordo no significaba, en resumen, sino protesta contra la tristeza y aun la miseria de la entrada en Nueva York; desencanto, remordimientos por la aventura; incluso odio a mi amigo, que había animado en Madrid a la muchacha a que no desistiese de su proyecto. Yo despedí a la pareja en un taxi, no muy satisfecha por el encuentro y amurallada por un cesto de mimbre con su forro de hule y por unas maletas. Según supe más tarde, en el *auto* reventó la rabieta contenida y comenzaron los lindos disparates, las diatribas dirigidas al que fué Nueva York de los sueños dorados, y que tan horrible resultaba en sus colonias de avanzada, y tan antipático en complicación con el irreveren-

te bárbaro de las Aduanas, el cual pretendió agarrar con sus manos gorilesacas una *robe* de tisú de plata, orgullo del cesto de mimbre y armadura suprema para la lucha próxima. Después, la payasada grotesca. Blanca venía pensando en las *girls* que conducen su Cadillac y halló una mujeruca fea y con el vestido manchado y roto, que guiaba un cacharro lamentable. Por último, un estallido, un neumático agujereado y la irritante parada inevitable, mientras avanzaban raudos otros y otros automóviles...

—Mire usted —exclamó la marquesita—, de buena gana hubiera prendido fuego a Nueva York, echándome yo a las llamas...

—¿Y ahora?

—Comienza ya a gustarme todo esto... Sí que es como yo quería... ¿Y ha visto usted qué baratos los trajes de señora? Más que en Madrid... Aquel de muselina que había en una tienda... ¡Veinte dólares!... Oiga, y qué gracioso eso de poner el precio con unos billetes de Banco pegados al cristal...

Las postreras palabras quedaron ahogadas por la música, que comenzaba a sonar con el trémolo de *Los Dardanelos*, una de las tocatas en boga a la sazón. El muñequín con faldas entornó los párpados, con sus dedos de uñas esmaltadas se alisaba los rubios bucles y su naricilla ensanchábase para respirar la felicidad. Murmuró, sin ocuparse de nosotros:

—Esto sería imposible en Madrid... Una señorita cenando con dos amigos en un *restaurant* de bailarines... ¡Qué gusto, ser libre!... No vuelvo allá de ningún modo...

Desperezándose de repente, nos preguntó a nosotros, sus camaradas:

—¿Y qué hay de malo en todo esto?... Sin embargo, cómo se escandalizarían mis amigas... ¡Y cómo iban a enviarme!...

Agregó, con una mueca maligna:

—Por supuesto, ¡que voy a escribirles unas cartas!...

—Si a usted le parece —intervine yo, servicial— las entregaremos al sobrecargo del *Satrústegui*, que las enviará desde Cádiz...

—No, no... Quiero que lleven el sello de los Estados Unidos... Que vean que sí que es verdad mi viaje...

En tanto, mi amigo, caladas las gafas de concha, elegía los platos en la lista que le ofreció un coloso de aire tudesco. Se convino en que haríamos una comida americana. Almejas crudas con limón y unos bombones de harina, sabrosos en verdad. Un asado que servirían en una de aquellas inmensas *fayenzas* azules, dignas de una cena en un castillo de Escocia, a la luz de un candelabro. En lugar de pan, mazorcas tostadas... Y de postre un pastel de manzana... Por lo que toca a la bebida... Agua mineral... Ya saben los señores, ¡la ley seca!... Ducho en tales maniobras, parlamentó el anfitrión con el mozo y nos trajeron misteriosamente unas tazas de consomé..., que llenaba un *cock-tail* de la variedad denominada *Manhattan*...

La vida es amable, ¿eh, señorita Blanca de la Torre Alta, marquesa de los Rosales? Las pupilas verdes de la niña se brillantaron y no tardaría su boca en florecer en risas. Principió excusándose por su *toilette*, impropia de la hora, y terminó congratulándose por la anarquía de las costumbres en cuanto al vestido, se entiende. Gozábamos en su plenitud un instante novelesco. Nos reservaron una mesita en un ángulo, entre unas columnas que sostenían un espejo; y no hería la luna con su brillantez, gracias a la semioscuridad verdosa y rosácea que difundían las estratégicas luminarias indirectas. El decorado evocaba los de los Bailes Rusos: profundidades de gruta mágica, vidrieras de colores, guirnaldas floreales, divanes con almohadones asiáticos, plantas raras. Diríase que la misteriosa fiesta se celebraba en el fondo de un lago, cuyas aguas filtrasen los últimos resplandores de un crepúsculo otoñal. Diafanidad policromada y serena en el ambiente. Y casi en tinieblas. Aquí y allá se insinuaban bellos ejemplares de mujeres, que se abanicaban

con enormes colas de plumas escarlata o esmeralda. Los músicos guarecíanse en un tenderete con sedeños cortinajes y pintorescas linternas mortecinas. De allí llegaba el vals como una brisa encantada. Y de una manera insensible, una redonda y encerada plataforma, que los reflejos convertían en un ópalo prodigioso, giraba lenta, lentísimamente, robando a cada mesa unos bailarines, que luego eran depositados otra vez alrededor del lenguado a medio comer, de las confituras de rubíes y ámbar... Se olvidaba por completo el aquelarre del Broadway. Y costaba un esfuerzo creer en la existencia de los muelles, del barco, de Madrid. Únicamente vino de fuera una florista con sus ramilletes de rosas encarnadas.

